

# Web 2.0, un ecosistema del conocimiento

La web 2.0 supone la entrada en un nuevo universo de la red. Cada vez más participativo, más interactivo, con mayores posibilidades de apropiación, combinación y difusión. La Web 2.0 ya está provocando modificaciones esenciales en el ámbito de la cultura y de la información. Y tal vez estemos sólo en el principio.

ANÁLISIS **Javier Candera**

## La cultura de la remezcla

Vivimos en la cultura de la remezcla. La música popular, el arte contemporáneo y la literatura producen obras compuestas, como la criatura de Frankenstein, de retales de obras anteriores. Es un fenómeno antiguo, ahora acelerado por la tecnología. Ya en el siglo cuarto, Anónimo escribió las reglas para componer centones, poemas escritos con versos de otros poemas. Ejemplos modernos de esta larga tradición se pueden ver en el apropiacionismo posmoderno del escritor Jasper Fforde, en los cuadros de latas de sopa y cajas de jaban de Andy Warhol, en los sampleados que forman las bases de las canciones hip-hop y en las parodias de trailers cinematográficos que se pueden ver en YouTube.

La fluidez y ubicuidad de la web hacen que este medio sea especialmente apropiado para la remezcla. Un documento en un sitio web es a la vez definitivo y temporal: definitivo porque está publicado, a la vista de cualquier ciudadano provisto de un navegador y una conexión, y temporal porque, a diferencia de las publicaciones en soporte físico, el documento digital no está coagulado en su forma final: sea a la vez la materia prima y el plano maestro con el que construir el vídeo, la música o el texto que llega al público, pero sigue siendo una colección de bits y, como tal, sigue siendo maleable y remezclable.

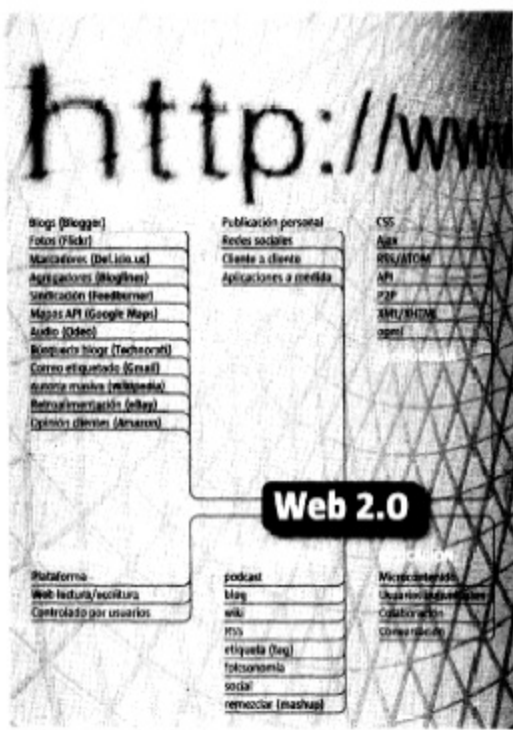
La web 2.0 significa la puesta a disposición del público de las herramientas para la remezcla de la web. Mientras que la primera web daba por hecho que sus lectores directos serían personas provistas de programas de navegación, la web 2.0 funciona bajo la premisa de que entre el sitio web y el lector final puede haber uno o incluso varios intermediarios, tanto programas como personas, que combinen varios sitios web entre sí. Algunos la llaman "la web social" o "la web programable", y quizá tenga un poco de ambas.

Remezclar la primera web requería despiezar y extraer los recursos mediante programas escritos específicamente para cada sitio web, realizando embotonaduras para desmenujar el formato "legible por humanos" de los documentos publicados. La web 2.0 consiste en ofrecer cada recurso en dos formatos. Por un lado está el de siempre, legible por humanos, y por otro lado, un formato mecánico, abierto a que cualquier programa pueda capturar, modificar, reciclar y combinar la información antes de que le llegue al lector final.

## La web 2.0 funciona bajo la premisa de que entre el sitio web y el lector final puede haber uno o incluso varios intermediarios

De las verbos de la frase anterior, el más importante es combinar. Los mecanismos de la web 2.0 no sólo permiten, sino que incitan a tomar los noticias de la BBC y extraer de ellas las palabras clave mediante el analizador léxico de Yahoo!, introducirlos en Flickr y a YouTube para recuperar fotografías y vídeos relacionados, extraer los topónimos de las mismas noticias mediante el servicio de nomenclátor de Metacarta, disponer todo ello sobre un mapa de Google Maps y exportarlo en un periódico, en MySpace o en el weblog personal de cada uno.

Para ayudar a manejar la complejidad de esta explosión combinatoria de servicios y opciones, también existen servicios basados en la web para cons-



truir los programas que hacen estas remezclas. El servicio Yahoo! Pipes incluso permite que unos túneles como base las remezclas de otros, evitándose comenzar desde cero. El resultado de esta remezcla puede a su vez usarse como ingrediente para la remezcla de otra persona, y así sucesivamente, como las infinitas tortugas de la fábula, apiladas una encima de la otra hasta llegar al elefante que sostiene el mundo.

¿Les atazan el vértigo? No es de extrañar, es algo vertiginoso. Para entenderlo podemos echar mano de una metáfora. Imaginen unas latas de conserva migajas de las que, al abrirlos por el lado 2.0, se extraen los ingredientes sin cocinar. Se abre la lata de mejillones por debajo, y salen mejillones crudos, aceite, vinagre, pimienta y clavo. Casi todos seguirán usando el lado tradicional, el que salen mejillones en escabeche, pero muchos usarán la puerta trasera para obtener ingredientes con los que hacer sus propias recetas para consumo propio y de otros, en el acto o en nuevas latas con apertura trasera 2.0.

Como la cocina, la cultura y el conocimiento son procesos, no productos, y la web social y programable es un reconocimiento de esta realidad. Los mecanismos de la web 2.0 la convierten en un ecosistema del conocimiento que incorpora las prácticas sociales aceptadas en los procesos culturales y científicos: la referencia, la cita, la incorporación de obras, datos, informaciones, opiniones y saberes ajenos junto con la elaboración propia.

En la automatización de estas prácticas sociales tienen gran importancia el software libre y las licencias Creative Commons, instrumentos de autorización que otorgan los permisos tradicionalmente reservados por la droconómica legislación de derecho de autor. Y en la democratización de las herramientas de remezcla está la clave de una ciudadanía con acceso al proceso de creación de la cultura y al conocimiento en la web, y no a su mero consumo como productos.

LA CLAVE **Ángel Quintana**

## Sin fronteras entre amateur y profesional

Entre los múltiples debates que la web 2.0 plantea al mundo de la cultura está, sin duda, la posibilidad de repensar el modo en que los discursos oficiales aparecen condenados a entrar en relación con los discursos marginales, creando una curiosa ruptura en las fronteras que separan lo profesional de lo amateur. En un espacio como el YouTube, las imágenes domésticas conviven con los anuncios sofisticados diseñados por los mejores publicistas, las imágenes informativas de las grandes cadenas en torno a un suceso pueden ser contrastadas con las imágenes del mismo suceso grabadas desde un móvil, y cualquier reputada película de ficción puede ser tan visitada como las imágenes de un espacio público capturadas desde una cámara de vigilancia. El debate de fondo ya no reside en los viejos dilemas entre alta y baja cultura, ni entre apocalípticos e integrados, sino en el modo como lo profesional y lo amateur pueden llegar a confundirse. Quien cobra para crear imágenes tiene la misma facilidad para emitirlos que quien no cobra.

## Quien cobra para crear imágenes tiene la misma facilidad para emitirlos que quien no cobra

Ante un espacio como el YouTube, donde las imágenes transitan sin necesidad de poseer ningún copyright, algunos pueden escandalizarse porque no hay proceso de selección. Si todo vale, es inútil establecer una coartada cultural entre los productos realizados con grandes presupuestos y los hechos desde perspectiva amateur, entre las obras de calidad y la cultura basura. Los análisis pueden tener el mismo trato que los grandes genios. Este factor provoca que, de repente, los creadores se encuentren desamparados y no acaben de entender cómo sus trabajos pueden dialogar con los discursos realizados desde la banalidad o la funcionalidad.

No obstante, más allá del caos del fenómeno, la situación puede resultar productiva. Así, el tránsito por la red de todo tipo de imágenes innobles ha generado un proceso de contrainformación. Si partimos de un fenómeno como la guerra de Iraq y nos proponemos averiguar alguna verdad sobre lo que realmente acontece, nos encontraremos con la paradoja de que existen más verdades en las imágenes capturadas con las pequeñas videocámaras digitales y que han acabado colgadas en YouTube, que en las imágenes que ofrecen las televisiones en sus informativos. La contrainformación supone, entre otras cosas, la irrupción del discurso subjetivo y, cuando este surge como material bruto de lo real, puede llegar a ser más válido que la sacrosanta objetividad informativa creada desde un falso consenso de subjetividades.

A. QUINTANA, profesor de Historia y Teoría del Cine (UVA)